



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El Helenismo en la época y en la obra de Plinio el Joven

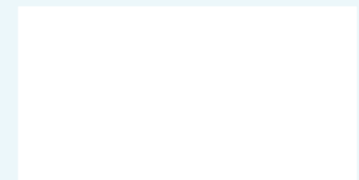
Autor:

Alfredo Schroeder

Revista:

Anales de Historia ANTigua y Medieval

1985, 23, pag. 51 a 65



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

EL HELENISMO EN LA EPOCA Y EN LA OBRA DE PLINIO EL JOVEN

Alfredo Schroeder
(U.B.A.)

Definir el helenismo, esa suerte de imperialismo espiritual que nunca llegó a concretarse en imperio y que sólo logró dimensiones de universalidad bajo los macedonios y los romanos, es tarea quizá más difícil que mostrar la paulatina helenización del mundo romano, que nos proponemos demostrar en los tiempos y en la obra de Plinio el Joven, uno de los autores más representativos de su época por sus valores tanto literarios como político-sociales.

Si Roma no estuvo en la mira política de los griegos, ni siquiera cuando Aníbal amenazaba, ya triunfante junto a las puertas de la ciudad, ya desterrado en la corte de Antíoco de Siria, fue imán poderoso del helenismo que afluyó a ella por las vías y las formas y las épocas más diversas.

Las líneas del comercio fenicio que inicialmente aporta en sus bodegas entre otra mercadería el prestigio del arte griego, las consiguientes convergencias de un sincretismo religioso que morigera costumbres e instituciones, la proximidad geográfica de una Etruria fuertemente helenizada, la irradiación desde la Magna Grecia hacia el norte de una lengua y cultura reconocidamente superiores, son fuentes permanentes e inagotables para la sed de un pueblo joven y rudo, que trae en sus alforjas de campesino la conciencia y el reconocimiento de una manifiesta inferioridad creativa y en su mochila de soldado la decisión y los medios eficaces de asimilar dotes y virtudes para la organización de un nuevo estado con cargo de recibir, acrecentar y transmitir el prestigio de la civilización helénica.

El posterior enfrentamiento armado en Tarento, Macedonia, Grecia y Asia convertirá aquella fuente en torrente y hará a veces contundente o brutal la transferencia a Roma de valores griegos, primero los materiales y los artísticos, después los humanos y los territoriales, bajo las apariencias de botín, impuesto, comercio o rapiña, y por razones de seguridad o de dominio.

El doble proceso, pacífico y pasivo, casi inconsciente primero, activo y violento después, tiene etapas, modos y motivaciones muy complejos y debatidos. Autores modernos hay, como Maurice Holleaux,¹ que sostienen la tesis de que las relaciones políticas entre los romanos y los estados griegos fueron prácticamente nulas antes del año 230, con el Adriático como barrera

o fosa infranqueable, de que las intervenciones posteriores de aquéllos, impuestas contra su voluntad, son estrictamente defensivas, no premeditadas y con el fin exclusivo de proteger la libertad de los griegos, y de que antes del 200 no hubo plan romano de expansión hacia el oriente. Jerome Carcopino,² discípulo de aquél, sostiene que el imperialismo romano empezó en la mente de los generales vencedores, “soldados de alma”, de la segunda guerra púnica y “de un pequeño puñado de *Patres*”. Ambos historiadores difieren apenas en pocos años y en el modo, repentino o progresivo, del expansionismo romano. Para el primero, la inesperada segunda guerra macedónica (202), tras la reciente paz de Phoiniké (205), “estalló como un trueno en un cielo sereno”,³ “brusquement et brutalement”.⁴ Para el segundo, “la nave que llevaba a César y su fortuna sólo avanzó bordeando hacia el porvenir; y el imperialismo latente de que estaba cargada no se desplegó sino gradualmente, a favor de los acontecimientos, que la política del senado —dividido contra sí mismo y oportunista por definición— manejó, como la ciencia a las cosas, acomodándose a ellos”.⁵ El justo medio resultante sería, pues una conquista sin “las nociones abstractas de una previsión infalible y de un imperialismo predestinado”, pero también sin una pretendida “imprevisión crónica o un desinterés absoluto”.⁶

Los textos de historiadores antiguos, por el contrario, panegiristas de la expansión romana a la par de los poetas épicos, prueban que en Roma se respiraban aires de conquista antes de las guerra púnicas y macedónicas —línea seguida por la historiografía moderna hasta la aparición de Holleaux—, sin considerar los mitos y leyendas, que son relatados religiosamente junto a los hechos históricos, y que hacen entroncar los orígenes de Roma en divinidades y le confieren destinos de grandeza como *caput terrarum*.⁷

Cuando, tras la incorporación del mundo helénico y tras la *pax Romana*, la *Vrbs* quede hecho un *imperio* —o el *orbe* se haga *urbe*, según la expresión de Rutilio Namaciano—,⁸ Roma seguirá siendo su centro de atracción. Ya no será indispensable al romano ir a Atenas o Rodas para escuchar maestros griegos de retórica o filosofía como en la época de Cicerón; éstos emprenderán sus constantes peregrinaciones a la “reina de las ciudades” donde siempre tendrán auditorio curioso e interesado ya en sus ideas ya en su forma de expresarlas.

Las provincias de occidente, por su parte, mejores conservadoras de la herencia de romanidad, actúan casi como cenicientas en la contrabalanza de un difícil equilibrio con el oriente, hasta entonces escenario preferido no sólo para teatro de operaciones militares sino también para proyecciones de índole política, económica y cultural. Por más que algunos emperadores multiplican en Africa⁹ centros superiores de estudios helenísticos y que algunos maestros griegos, como Luciano, extienden hasta la Galia sus periplos itálicos, la mejor escuela sigue siendo Roma a la par de Atenas, a donde acuden el galo Favorino, que llegará a dominar el griego mejor que el latín,¹⁰ el africano Agustín a quien costó tanto aprender el griego, su compatriota Apuleyo, genial en ambas lenguas...¹¹ Roma, cuna del latín, es ya escuela del bilingüismo.

Con los emperadores Antoninos llega el cuerpo del imperio a su máxima extensión, y su alma, a su máxima helenización. Trajano, el *Optimus*, entrega a su sucesor, junto a la Dacia recién conquistada, las provincias más orientales ganadas a los tradicionales enemigos, los partos, en hazaña que sólo tiene parangón con la de Alejandro Magno; pero, poco helenizadas, son consideradas inseguras y abandonadas por Adriano, fijándose el Eúfrates como límite.

Mientras tanto en Roma llega a su culminación el helenismo, verdadera “invasión”¹² cultural y lingüística. “Salón del helenismo”¹³ es denominada la corte imperial, denominación que recuerda, a la distancia, la de “le premier asile de l'hellénisme”¹⁴ que fue el círculo de Escipión Emiliano. Trajano pone en su foro, alrededor de su columna historiada, dos bibliotecas monumentales, una latina y otra griega, en las que Aulo Gelio solía satisfacer sus curiosidades para sus “Noches Aticas”.¹⁵ Trajano, en un plan de descentralización, designa a los prime-

ros senadores griegos; y bajo su sucesor ya casi la mitad del senado está integrada por provinciales.

Adriano, el emperador viajero, está casi más en Grecia que en Italia; pasa cuatro inviernos en Atenas (124, 128, 131 y 132), donde una inscripción del año 112 lo presenta como *Archonte*¹⁶ y donde asimismo es iniciado en los misterios eleusinos en el 124, recibiendo el segundo grado en el 128.¹⁷ Escribe en latín como en griego;¹⁸ y por sus simpatías “es tan griego como romano”.¹⁹ Beneficios numerosos, obras públicas y monumentos debele Atenas a este filhelénista.²⁰ En Roma construye un *Athenaeum*, y en Tíbur, una villa imperial, faraónica en sus dimensiones, y helénica en sus obras de arte, en los nombres de sus distintos ambientes y en su espíritu. Según su biógrafo de la *Historia Augusta*, sus tutores, Trajano y Celio Atiano, al quedar huérfano a los diez años le dieron una formación helénica más profunda que la habitual, y tuvo tal inclinación por los estudios griegos que fue denominado por algunos *Graeculus*,²¹ y llegó a escribir poemas griegos, algo mejores, en opinión de Espartiano, que su famoso “*Animula vagula blandula*”.²²

Ambos emperadores cosecharán en vida el fruto de sus políticas prohelénicas. El primero, en la cumbre de sus hazañas en el lejano oriente, es sorprendido por el levantamiento a sus espaldas de los judíos en el año 117; y en la cruenta represión, “griegos y egipcios hacen causa común con los romanos”.²³ El segundo recibió de los atenienses títulos, honores, estatuas y templos.

Con los ejemplos de estos emperadores,²⁴ florecen en todas las artes y géneros literarios obras de inspiración helénica ya en los temas ya en las formas. Sin contar las obras en lengua griega (Plutarco, Dion Casio, Marco Aurelio, Luciano, Apiano, Epicteto...), y excluyendo las obras científicas —casi totalmente helénicas con la excepción de las de derecho y alguna de arquitectura—, algunos autores latinos vuelven a los temas de la historia o la mitología griegas (Quinto Curcio, Estacio, Valerio Flaco, Apuleyo...), otros, manteniendo la temática latina, adoptan caracteres estilísticos de pronunciado color helénico o intercalan textos o palabras griegas, como Suetonio, Aulio Gelio, Plinio el Joven, incluso algunos de marcada aversión por lo griego, como Marcial y Juvenal.

En el filo de los dos primeros siglos, de las dinastías Flavia y Antonina, de dos monarquías, despótica una y liberal la otra, escribe su *Panegírico de Trajano* y sus diez libros de *Epístolas*, junto con discursos y poesías menores, casi totalmente perdidos, Plinio el Joven, “la más perfecta imagen de la sociedad de su tiempo”,²⁵ “el más amable representante de la cultura humana en Roma”.²⁶

Tuvo por maestros, además de Quintiliano,²⁷ al rétor griego Niceto de Smirna,²⁸ de renombrada fama en Roma,²⁹ a los filósofos Musonio y Eufrate³⁰ y Artemidoro más tarde, a quienes sigue cuando es tribuno militar en la *legio III Gallica* en Siria, llegando a prestarle ayuda al último, cuando los filósofos son expulsados de Roma por Domiciano.³¹ También siguió con admiración al “*sermo Graecus, immo Atticus*” del célebre rétor Iseo, recibido solemnemente en Roma por Trajano.³²

En esos estudios juveniles demostrará precocidad, pasión por las letras en sus más variados géneros y dominio del griego. A los catorce años escribe una tragedia griega que sospechamos destinada a la lectura pública o quizá más bien fruto de un ejercicio escolar, recordada con notoria indiferencia por el autor, siempre tan vanidoso.³³ A los diez y ocho años —no a los diez y nueve como leemos en algunos manuales— debutó en el foro.³⁴ Esta fue su vocación principal, y su arma, antes que su dinero, para su generosa obra de beneficencia pública y privada. Pero además, desde su regreso del servicio militar —escribe a su amigo Poncio que se ha sorprendido al leer sus versos— compone elegías latinas, luego verso heroico y por último ligeros ende-

o fosa infranqueable, de que las intervenciones posteriores de aquéllos, impuestas contra su voluntad, son estrictamente defensivas, no premeditadas y con el fin exclusivo de proteger la libertad de los griegos, y de que antes del 200 no hubo plan romano de expansión hacia el oriente. Jerome Carcopino,² discípulo de aquél, sostiene que el imperialismo romano empezó en la mente de los generales vencedores, "soldados de alma", de la segunda guerra púnica y "de un pequeño puñado de *Patres*". Ambos historiadores difieren apenas en pocos años y en el modo, repentino o progresivo, del expansionismo romano. Para el primero, la inesperada segunda guerra macedónica (202), tras la reciente paz de Phoiniké (205), "estalló como un trueno en un cielo sereno",³ "brusquement et brutalement".⁴ Para el segundo, "la nave que llevaba a César y su fortuna sólo avanzó bordeando hacia el porvenir; y el imperialismo latente de que estaba cargada no se desplegó sino gradualmente, a favor de los acontecimientos, que la política del senado —dividido contra sí mismo y oportunista por definición— manejó, como la ciencia a las cosas, acomodándose a ellos".⁵ El justo medio resultante sería, pues una conquista sin "las nociones abstractas de una previsión infalible y de un imperialismo predestinado", pero también sin una pretendida "imprevisión crónica o un desinterés absoluto".⁶

Los textos de historiadores antiguos, por el contrario, panegiristas de la expansión romana a la par de los poetas épicos, prueban que en Roma se respiraban aires de conquista antes de las guerra púnicas y macedónicas —línea seguida por la historiografía moderna hasta la aparición de Holleaux—, sin considerar los mitos y leyendas, que son relatados religiosamente junto a los hechos históricos, y que hacen entroncar los orígenes de Roma en divinidades y le confieren destinos de grandeza como *caput terrarum*.⁷

Cuando, tras la incorporación del mundo helénico y tras la *pax Romana*, la *Vrbs* quede hecho un *imperio* —o el *orbe* se haga *urbe*, según la expresión de Rutilio Namaciano—,⁸ Roma seguirá siendo su centro de atracción. Ya no será indispensable al romano ir a Atenas o Rodas para escuchar maestros griegos de retórica o filosofía como en la época de Cicerón; éstos emprenderán sus constantes peregrinaciones a la "reina de las ciudades" donde siempre tendrán auditorio curioso e interesado ya en sus ideas ya en su forma de expresarlas.

Las provincias de occidente, por su parte, mejores conservadoras de la herencia de romanidad, actúan casi como cenicientas en la contrabalanza de un difícil equilibrio con el oriente, hasta entonces escenario preferido no sólo para teatro de operaciones militares sino también para proyecciones de índole política, económica y cultural. Por más que algunos emperadores multiplican en Africa⁹ centros superiores de estudios helenísticos y que algunos maestros griegos, como Luciano, extienden hasta la Galia sus periplos itálicos, la mejor escuela sigue siendo Roma a la par de Atenas, a donde acuden el galo Favorino, que llegará a dominar el griego mejor que el latín,¹⁰ el africano Agustín a quien costó tanto aprender el griego, su compatriota Apuleyo, genial en ambas lenguas...¹¹ Roma, cuna del latín, es ya escuela del bilingüismo.

Con los emperadores Antoninos llega el cuerpo del imperio a su máxima extensión, y su alma, a su máxima helenización. Trajano, el *Optimus*, entrega a su sucesor, junto a la Dacia recién conquistada, las provincias más orientales ganadas a los tradicionales enemigos, los partos, en hazaña que sólo tiene parangón con la de Alejandro Magno; pero, poco helenizadas, son consideradas inseguras y abandonadas por Adriano, fijándose el Eúfrates como límite.

Mientras tanto en Roma llega a su culminación el helenismo, verdadera "invasión"¹² cultural y lingüística. "Salón del helenismo"¹³ es denominada la corte imperial, denominación que recuerda, a la distancia, la de "le premier asile de l'hellénisme"¹⁴ que fue el círculo de Escipión Emiliano. Trajano pone en su foro, alrededor de su columna historiada, dos bibliotecas monumentales, una latina y otra griega, en las que Aulo Gelio solía satisfacer sus curiosidades para sus "Noches Aticas".¹⁵ Trajano, en un plan de descentralización, designa a los prime-

ros senadores griegos; y bajo su sucesor ya casi la mitad del senado está integrada por provinciales.

Adriano, el emperador viajero, está casi más en Grecia que en Italia; pasa cuatro inviernos en Atenas (124, 128, 131 y 132), donde una inscripción del año 112 lo presenta como *Archonte*¹⁶ y donde asimismo es iniciado en los misterios eleusinos en el 124, recibiendo el segundo grado en el 128.¹⁷ Escribe en latín como en griego;¹⁸ y por sus simpatías “es tan griego como romano”.¹⁹ Beneficios numerosos, obras públicas y monumentos debele Atenas a este filhelenista.²⁰ En Roma construye un *Athenaeum*, y en Tíbur, una villa imperial, faraónica en sus dimensiones, y helénica en sus obras de arte, en los nombres de sus distintos ambientes y en su espíritu. Según su biógrafo de la *Historia Augusta*, sus tutores, Trajano y Celio Atiano, al quedar huérfano a los diez años le dieron una formación helénica más profunda que la habitual, y tuvo tal inclinación por los estudios griegos que fue denominado por algunos *Graeculus*,²¹ y llegó a escribir poemas griegos, algo mejores, en opinión de Espartiano, que su famoso “*Animula vagula blandula*”.²²

Ambos emperadores cosecharán en vida el fruto de sus políticas prohelénicas. El primero, en la cumbre de sus hazañas en el lejano oriente, es sorprendido por el levantamiento a sus espaldas de los judíos en el año 117; y en la cruenta represión, “griegos y egipcios hacen causa común con los romanos”.²³ El segundo recibió de los atenienses títulos, honores, estatuas y templos.

Con los ejemplos de estos emperadores,²⁴ florecen en todas las artes y géneros literarios obras de inspiración helénica ya en los temas ya en las formas. Sin contar las obras en lengua griega (Plutarco, Dion Casio, Marco Aurelio, Luciano, Apiano, Epicteto...), y excluyendo las obras científicas —casi totalmente helénicas con la excepción de las de derecho y alguna de arquitectura—, algunos autores latinos vuelven a los temas de la historia o la mitología griegas (Quinto Curcio, Estacio, Valerio Flaco, Apuleyo...), otros, manteniendo la temática latina, adoptan caracteres estilísticos de pronunciado color helénico o intercalan textos o palabras griegas, como Suetonio, Aulio Gelio, Plinio el Joven, incluso algunos de marcada aversión por lo griego, como Marcial y Juvenal.

En el filo de los dos primeros siglos, de las dinastías Flavia y Antonina, de dos monarquías, despótica una y liberal la otra, escribe su *Panegírico de Trajano* y sus diez libros de *Epístolas*, junto con discursos y poesías menores, casi totalmente perdidos, Plinio el Joven, “la más perfecta imagen de la sociedad de su tiempo”,²⁵ “el más amable representante de la cultura humana en Roma”.²⁶

Tuvo por maestros, además de Quintiliano,²⁷ al rétor griego Niceto de Smirna,²⁸ de renombrada fama en Roma,²⁹ a los filósofos Musonio y Eufrate³⁰ y Artemidoro más tarde, a quienes sigue cuando es tribuno militar en la *legio III Gallica* en Siria, llegando a prestarle ayuda al último, cuando los filósofos son expulsados de Roma por Domiciano.³¹ También siguió con admiración al “*sermo Graecus, immo Atticus*” del célebre rétor Iseo, recibido solemnemente en Roma por Trajano.³²

En esos estudios juveniles demostrará precocidad, pasión por las letras en sus más variados géneros y dominio del griego. A los catorce años escribe una tragedia griega que sospechamos destinada a la lectura pública o quizá más bien fruto de un ejercicio escolar, recordada con notoria indiferencia por el autor, siempre tan vanidoso.³³ A los diez y ocho años —no a los diez y nueve como leemos en algunos manuales— debutó en el foro.³⁴ Esta fue su vocación principal, y su arma, antes que su dinero, para su generosa obra de beneficencia pública y privada. Pero además, desde su regreso del servicio militar —escribe a su amigo Poncio que se ha sorprendido al leer sus versos— compone elegías latinas, luego verso heroico y por último ligeros ende-

casílabos. "Nunquam a poetice alienus fui".³⁵ Es una excelente ejercitación y un placer.

Con el correr de los años podrá dar consejos, todavía vigentes, sobre los métodos más convenientes para el estudio. En la carta a Cornelio Fusco le recomienda: "Es útil en primer término —y muchos lo imponen como precepto— traducir del griego al latín o del latín al griego. Con esta ejercitación se logra justeza y belleza de expresión, la riqueza de las figuras, la fuerza en la explicación. Además con la imitación de los mejores autores se adquiere la facultad de crear pensamientos similares. A la vez, lo que pasa desapercibido en la lectura, no puede escaparse en la traducción. Inteligencia y juicio se extraen de ello."³⁶ Baste la muestra de este botón, pues la carta, bastante extensa, es un muestrario que va desde la invitación de escribir versos, formulada poéticamente en cuatro dísticos, hasta el muy citado refrán que manda "multum legendum esse non multa".

En cuanto a sus endecasílabos citados —sin duda intrascendentes y exigencia, según se ha visto, de un método y además de una moda— no está arrepentido, "se leen, se copian, también se cantan; incluso son acompañados con cítara o lira por los griegos, a quienes el gusto por el librito les enseñó el latín".³⁷ De esas composiciones poéticas sólo se conservan dos en sus cartas (*Ep.* 7.4 y 7.9) y otra en la *Antología Latina*.

Su epistolario se dirige a menudo a amigos poetas, hombres cultísimos, helenistas consumados, siempre en su habitual tono encomiástico. A su amigo Calvisio le escribe entusiasmado sobre el poeta Spurinna, "hombre modelo", poeta "en ambas lenguas",³⁸ al que desea imitar: "Me propongo, pues el mismo camino, el mismo término".³⁹

A Arrio Antonino, autor de epigramas y mimiambos griegos —abuelo del futuro emperador Antonino Pío— le transmite en distintas epístolas⁴⁰ su estima y admiración, comparándolo con Homero y Calímaco, y agregando que trata de traducirlos e imitarlos. Se pregunta al final con fuerte retórica dubitativa si un hombre romano puede dominar tan bien el griego.⁴¹ A otro amigo, Caninio, lo alienta a escribir en versos griegos la guerra contra los dacios.⁴²

El dominio de ambas lenguas —distintivo de todo hombre culto— ni era excepcional ni exclusivo de los letrados. Al amigo Rufo le cuenta que Terencio Junior, un antiguo soldado y procurador en la Narbonense, ya retirado, vive en los ocios de sus campos, a donde es invitado Plinio. Como bien educado que es se esfuerza en llevar a las cosas del campo la conversación que aquél muy doctamente deriva en temas de estudios liberales. "Quam tersa omnia! quam latina! quam graeca! (...) Quantum ille legit! Quantum tenet! Athenis vivere hominem, non in villa, putes".⁴³ ¡Qué lejos está la época del viejo Catón que se resistió a aprender griego hasta muy avanzada su vejez! De este Catón cuenta Aulo Gelio: "Se dice que M. Catón ha reprendido justa y graciosamente a Albino", "Albinus, qui cum L. Lucullo consul fuit, res Romanas oratione Graeca scriptitavit".⁴⁴ Ya por ese entonces había en Roma quienes tenían por costumbre hablar y escribir —"scriptitavit" es verbo supinal intensivo— en griego; pero había también quienes simulaban no conocerlo,⁴⁵ o se oponían a su uso en el senado.⁴⁶

Son, pues, pruebas de su conocimiento y simpatía por lo griego sus estudios, sus versos aunque perdidos, sus amistades, los destinatarios y el contenido de su epistolario... Pero la mayor prueba es quizá la suma de los cincuenta y dos textos griegos, generalmente muy breves —lo que arguye una memorización más que una copia— en los nueve libros de epístolas. El décimo libro, con las ciento veinte y dos breves cartas de la correspondencia mantenida con el emperador Trajano, contiene apenas tres expresiones griegas, cuatro palabras en total, de uso técnico.

Pero la mejor prueba —ahora sin quizá— de su admiración y amor por Grecia es la epístola 24 del libro octavo, un verdadero canto de alabanza, *laudatio* o panegírico, a la gloriosa y anti-

gua Grecia, un poema en la elaboradísima prosa habitual de sus cartas, que debemos analizar y traducir en su totalidad.

Está dirigida a su amigo Máximo,⁴⁷ cuestor en Bitinia, tribuno del pueblo, pretor, y recientemente designado legado en la provincia de Acaya, antecedentes todos que constan en la misma carta.

Se inicia y concluye con el mismo pensamiento, afirmando con delicadeza suma que el amor de amigo le obliga a estos consejos, no preceptos. Esta síntesis nuestra tan simple —pre- anuncio de una epístola amistosa muy familiar—, expresada con un solo verbo, él la va dejando deslizarse escalonadamente en ocho verbos —entre principal, subordinada, coordinada y parentética— en una cadenciosa cadena, que pende del vigoroso “amor coegit” inicial: “Mi amor hacia ti me obliga no a preceptuar —no necesitas en efecto de preceptos— sino a aconsejarte que retengas y observes lo que ya sabes, o que lo sepas mejor”.⁴⁸

Estos largos consejos enfatizados con retóricas reiteraciones, en tono elevado no excesivamente familiar, para el que emplearía el subjuntivo, se expresan con el habitual imperativo, obligado en este tipo de respetuosa comunicación, y ausente a menudo en otras cartas cuando el tema o el destinatario las aleja del carácter de dirección espiritual, que apreciamos, por ejemplo, en las de Séneca a Lucilio.

Primero. Del primer imperativo, “cogita”, dependen dos proposiciones completivas paralelas, completadas ambas simétricamente con formas apositivas y proposiciones relativas: “Pien- sa que tú has sido enviado a la provincia de Acaya, aquella Grecia verdadera y genuina, en la que surgieron primero la civilización, la literatura, incluso se cree que la agricultura; que has sido enviado para ordenar la institución de ciudades libres, esto es, hacia hombres por excelencia hombres, hacia libres por excelencia libres, que obtuvieron ese derecho dado por la naturaleza a causa de su virtud, méritos y amistad, de su alianza finalmente y de su religión”.⁴⁹

Acaya, la Grecia pura, auténtica, sin mezcla, como el buen vino (“merum”), abarca la península y Lacedemonia y tiene como cabeza a Corinto, símbolo, junto con Atenas, de tradi- ción y arte, pero también de un injusto martirio. Nombre mágico que halaga a los griegos, y atrae la admiración de los romanos; pero que también, por esta época, envuelve reservas e impli- ca menoscabo hacia el resto de los griegos, en especial los orientales, vino común, o aguado, no tan puro, aunque sin duda más abundante, que había inundado a Roma.

La admiración del romano hacia esta Hélade —Grecia es el nombre que impuso el vecino occidental— crecía por aquellos siglos a la par del deseo de igualarla y superarla; hasta que una decisión del senado, siempre discutida y nunca comprendida, la convirtió en un conjunto de ciudades e islas satélites de la órbita romana unas, y campo de ruinas y cenizas otras, que Plinio no nombra, pero que está en la mente de todos: Corinto, donde iba a residir el destinatario de la carta.

El nombre Acaya nos transporta a los aqueos cantados por Homero, a los “akawasha” de inscripciones egipcias de la XIX dinastía, a la “akhiawa” y “akhaiwa” mencionada por fuentes hititas del S. XIII a.C., como también nos rememora las campañas de legiones romanas en defensa de la libertad de Grecia, que empiezan ganándose el derecho a participar en torneos deportivos griegos, y que terminan con la creación de la provincia de ese nombre, amén de algún gobernador más o menos reciente de Acaya, como el hermano mayor del filósofo Séneca, de nombre Galión, quien debe juzgar a San Pablo en Corinto, liberándolo por no encontrar crimen en él, negándose a ser juez en querellas doctrinales.⁵⁰

Deseamos subrayar en este pasaje de la *laudes Graeciae* el concepto de la humanidad y libertad del hombre griego en la expresión pliniana “ad homines maxime homines, ad liberos maxime liberos”, para añadir que por él no parece convincente la opinión de A.M. Guillemin,

de que bajo su notoria admiración por Grecia subyace un latente “desprecio por los griegos”.⁵¹ Ello será una constante bastante visible en Plinio y en su época, como veremos más abajo, pero no precisamente en esta carta tan apologética de todo lo griego. No debe olvidarse que Acaya, aunque es provincia senatorial desde Claudio, está inserta como pieza clave en una política de liberalización y de reconciliación con los antiguos vencidos, y además, que Plinio escribe para aconsejar a un amigo y también, aunque bajo la forma de carta privada, para el público tanto romano como griego, a quien sabe lector, incluso de sus intrascendentes versos.⁵²

El distingo entre Grecia y griegos tiene sin duda vigencia secular en Roma —venerable aquella y odiosos éstos—, como también la tiene en esta carta, pero sin que su segundo elemento exhiba connotaciones peyorativas, aunque sí reminiscencias de mayor actualidad. Por un lado la *Graecia vera et mera*, creadora de la *humanitas, litterae y fruges*; por otro, los *homines liberos*, “qui ius a natura datum virtute, meritis, amicitia, foedere denique et religione tenuerant”. En esta enumeración de causales, por las que los griegos se han ganado el derecho natural de la libertad, están las hazañas y méritos de los antepasados remotos, pero también las alianzas y la amistad de tiempos más recientes.

Segundo. Con el imperativo “reverere” —luego reiterado— se inicia un segundo grupo de consejos, más importantes y más concretos, expuestos con mayor concisión y con más énfasis y estudiada estructura simétrica: “Respeta a sus dioses fundadores, los nombres de sus dioses; respetas su antigua gloria y esta vejez misma, que en el hombre es venerable, en las ciudades, sagrada”.⁵³

Tras los dos mandatos perentorios, doblados cada uno con notoria preferencia por la estructura bimembre, siguen, en un tono más íntimo —el subjuntivo reemplaza al imperativo— y en un orden jerárquico decreciente, a) un triple deseo afirmativo, referido al pasado de Grecia: “haya en ti honor para su antigüedad, para sus grandes hazañas, inclusive para sus fábulas”, y b) un triple deseo negativo, referido al presente del hombre griego, conservando el distingo clásico al que arriba aludimos: “no quites a nadie nada de su dignidad, nada de su libertad, nada incluso de su jactancia”.⁵⁴

Con la reverencia de los *deos conditores* se refiere sin duda a las divinidades olímpicas —en el comienzo del Panegírico de Trajano lo llama a Júpiter “conditorem imperii nostri”— con la inclusión probable de los misterios, como los eleusinos, tan respetados hasta por Cicerón,⁵⁵ más vitales que el frío culto oficial, con la lógica exclusión de otros cultos orientales de creciente difusión, que hasta Adriano, pese a alguna volubilidad, menospreciará.⁵⁶ Con el complemento de la reverencia a los *nomina deorum* —expresión un tanto imprecisa que algún copista ha preferido reemplazar por *numina deorum*— se recomienda seguramente la denominación griega de los dioses, que los romanos, tras el sincretismo varias veces secular, designaban con los nombres romanos de sus antiguas deidades. Pudiera parecer quizá una recomendación infantil —en Roma nadie plantearía este problema— pero está sintetizada en sólo dos términos expuestos casi en forma parentética. Más infantil nos parece la posible interpretación: reverencia a los dioses fundadores, al menos sus nombres, si no crees en ellos; del mismo modo que su vinculación con el bíblico: no tomes su nombre en vano.

Como defectos que aconseja cita muy benévolamente: la *fabula* y la *iactatio*, y en ello muestra diplomacia suma. Por algo lo eligió Trajano para gobernar Bitinia.⁵⁷ Enumera tan sólo los menos ofensivos y más generalizados.⁵⁸ Con *fabulis* se puede aludir a los mitos tradicionales, que en Grecia como en Roma aún se respetan en gran medida —por lo que no tiene sentido recomendar este respeto, ni darles este nombre—, y también al sentido etimológico, que se conserva en castellano en *fábula* y *habla* (del verbo *farí*), teniendo junto con *verbum* una significación opuesta a *factum* y *res*, respectivamente. En cuanto a *iactatio* (del verbo *iactare*, frecuen-

tativo de *iacere*), pasó también al castellano, pero bajo la forma de su sinónimo *iactantia* (exclusivo de la época imperial y sólo con sentido figurado).

Tercero. Este tercer grupo de recomendaciones, en que el reconocimiento romano por lo helénico llega a su punto más alto, está encabezado por la oración imperativa "Habe ante oculos", de la cual dependen tres completivas: "Ten ante los ojos a) que ésta es la tierra que nos ha enviado nuestros derechos, que no ha dado leyes a vencidos, sino a los que las pedíamos; b) que es Atenas a la que te diriges; c) que es Lacedemonia la que gobiernas: quitarles el resto de la sombra y del nombre de libertad es duro, feroz y bárbaro".⁵⁹ Con lo que pone otra vez el dedo en la herida, abierta por la crueldad de los romanos para con la arrasada Corinto, "Graeciae decus,⁶⁰ herida que debe de doler aún a los romanos contemporáneos, como lo prueba el ejemplo de Floro, autor del Epítome,⁶¹ y que se empeña en restañar el emperador Trajano, en cuya boca pone Mommsen estas palabras, idénticas a las de Plinio: "será cosa propia de un bárbaro y de un hombre cruel quitar a Atenas y a Esparta la sombra que aún le queda de su libertad".⁶²

Cuarto. Tras una breve referencia a los médicos, que, aunque en la enfermedad no hacen distinción entre libres y esclavos, tratan habitualmente a los primeros "con más suavidad y clemencia" —la comparación es sugestiva y parece probar que la política de helenización responde a una terapéutica consciente y preferencial para con una Acaya amiga "libre" y "suburbana"— pasa al último imperativo "recordare", que introduce esta vez una interrogativa indirecta: "Recuerda qué ha sido cada ciudad, no para que desprecies lo que ha dejado de ser",⁶³ al ver lo que es ahora. Al rechazo de la *superbia* y *asperitas* le siguen notables consideraciones de tinte estoico sobre los efectos del desprecio, del amor y del temor en un gobernante.

Quinto. Tras ello, valiéndose del sistema circular de la poesía alejandrina, divulgado sin duda en las escuelas de retórica, vuelve ("repetam enim") sobre el primer tema de la nobleza del título, la dignidad que significa "gobernar ciudades libres", o más exactamente, "ordenar el estado de las ciudades libres". La libertad implica orden y estabilidad. Es la misma expresión del comienzo: "ordinare statum liberarum civitatum", ahora ensalzada admirativamente: "quale quantumque sit": ("¿de qué calidad y de qué grandeza es!").

Tras la citada interrogativa indirecta, siguen tres interrogaciones directas de neto corte retórico sobre la nobleza de la actividad política: "¿Pues qué es más digno de un ciudadano que este ordenamiento? ¿Qué es más precioso que la libertad? ¿Pero cuánta es la vergüenza si el ordenamiento se mudase en desorden y la libertad en esclavitud?".⁶⁴ Este subjuntivo presente, "mutetur", expresa elocuentemente la posibilidad de tales mudanzas, que los romanos y Plinio vivieron pocos años antes bajo Domiciano. ¿Qué resonancia conlleva en sí el término mismo de *libertas* en Plinio, como también en su amigo Tácito,⁶⁵ en sus contemporáneos Floro,⁶⁶ y Juvenal...⁶⁷ ¿Por fin la libertad en armonioso maridaje con la *auctoritas* del *princeps*! Es el anhelo íntimo de Plinio desde el ascenso del amigo Trajano, transmitido aquí como augurio, plan, consejo para el gobernador de Acaya, y que él en persona experimentaría a la brevedad en su gobierno de Ponto-Bitinia.

Sexto. El "agregado" final ("accedit") es un llamado al amor propio de Máximo, a su fama ya ganada de buen gobernante; es una incitación a superar el prestigio bien merecido de cargos anteriores.

Es de interés personal y secundario, que no hace a la esencia de esta *laudes Graeciae*, pero sí a la temática preferida de Plinio, la gloria, que es una constante a lo largo de todo su epistolario.

En el libro de A.M. Guillemin sobre Plinio, este tema de la fama ocupa un lugar capital, junto al tema literario y el de la amistad.⁶⁸ En el libro de María Rosa Lida sobre el mismo

tema⁶⁹ no falta el antecedente de Plinio el Mozo, pero a su somero análisis se agregan acres e injustas apreciaciones sobre la personalidad “bastante sórdida” de su autor, que no podemos comprender ni aprobar.

Entre la *gloria* de la antigua Grecia y la *iactatio* de sus ciudadanos contemporáneos, arriba comentados, está esta fama, de tinte estoico y raíces ciceronianas, por la que Plinio se desvive⁷⁰ y con la que procura mover a Máximo a un buen gobierno.

Se da aquí la paradoja de que la fama ganada por Máximo (“quam ex Bithynia optimam revexisti”) nace de la misma provincia en que culminará la de Plinio, quedando en el aire la pregunta de cómo hubiera sido su *fama* y su *laudes* de haberse tocado suceder a Máximo en la admirada Acaya.

Para que se vea la diferencia apreciada por Plinio entre ambas provincias y su uso retórico de acumulaciones, antítesis y simetrías, transcribimos la consideración final de este agregado: “Por lo que te has de esforzar más en que no parezcas haber sido más humano, mejor y más hábil en una provincia remota que en una suburbana; entre servidores más que entre libres, enviado por sorteo más que por elección; inexperto y desconocido más que experimentado y probado: puesto que por el contrario, como a menudo has oído y a menudo leído, es mucho más feo perder una estima que no adquirirla”.⁷¹

La epístola se cierra con un segundo giro circular: “Desearía que creyeras lo que dije en un comienzo, que yo te he escrito dándote consejos, no preceptos”, con matices de valor final en los dos participios presentes, no tan usual; es decir: para darte consejos, no preceptos. Poniendo el broche final de un nuevo juego retórico, finaliza: “aunque dando preceptos también; ya que no temo que en el amor —tercera y última cerradura circular— haya excedido la medida; pues no hay peligro de que sea excesivo lo que debe ser máximo. Adiós”.⁷²

Magnífico panegírico del helenismo es esta epístola entera, modelo, junto con el Panegírico de Trajano”, de un nuevo género encomiástico y apologético —en especial de emperadores—; creación, en opinión de San Isidoro de Sevilla, del “frívolo y mentiroso pueblo griego”,⁷³ índice exacto del carácter de Plinio y reflejo fiel del estado de helenización de Roma y de su época, pese a la opinión contraria, ya comentada, de María Rosa Lida, que le niega toda representatividad.⁷⁴

Nos resta ahora señalar y probar que tal grado de helenización, que trasciende lo literario y artístico, no va, sin embargo, en desmedro del fuerte nacionalismo que está en la médula de la romanidad, ni en los Antoninos que la impulsan —conquistador Trajano de provincias inmensas y administrador de raza Adriano—, ni en Plinio, oriundo de la Cisalpina, denominada por León Homo “un des foyers les plus actifs de la romanisation en Italie”.⁷⁵

Como si el modelo griego fuera un espejo de cristal, que a fuerza de admirar y pulir, perfeccionara la propia imagen. Como si con el hábito de comparar —Plutarco enfrenta vidas paralelas, Máximo Valerio los *dicta et facta* de la *Vrbis Romae et gentium exterarum*, Quintiliano en el libro X trae una historia comparada de la literatura, Plinio el Viejo estudia la etnografía de pueblos diversos— saliera fortalecido el espíritu nacional.

Junto a la literatura helenizante revive el gusto por los autores arcaicos. Adriano —nos cuenta su biógrafo de la Historia Augusta— “amavit praeterea genus vetustum dicendi. (...) Ciceroni Catonem, Vergilio Ennium, Salustio Coelium praetulit”.⁷⁶ Junto a los filósofos griegos Epicteto, Heliodoro, el galo Favorino, maestro de retórica griega, admite en su intimidad al nacionalista Floro, que pone en la picota de sus versos las veleidades del emperador viajero.⁷⁷

Concuerdan con esta postura estética arcaizante de Adriano —por otra parte tan vieja como Cicerón—⁷⁸ el citado amigo Floro, Frontón, Aulo Gelio y Plinio mismo, con la salvedad expresa en éste de que no se menosprecie a los contemporáneos.⁷⁹

El helenismo actúa sobre la romanidad, como injerto o vacuna, fortaleciéndola; mientras que otros pueblos orientales de Asia Menor, frente a él, van perdiendo su carácter nacional, sus costumbres, instituciones y hasta sus lenguas.

También la religión romana, tan permeable en general a creencias orientales, pareciera resistir con renovada energía al cristianismo creciente, como lo prueban los mártires de la liberal monarquía de Trajano. Hasta el exótico y voluble Adriano, "semper in omnibus varius",⁸⁰ fomentó muy diligentemente los ritos romanos y despreció los extranjeros".⁸¹

El sentimiento nacional de Plinio, tanto por la patria grande romana como por su pueblo natal, llamado generalmente patria con mayor propiedad, es visible en distintas epístolas. Nacido en Como, manifiesta por ella afectos entrañables⁸² y una solidaridad poco común, concretada en donaciones, como escuela y otros beneficios. Como a otros provincianos la atracción de Roma lo absorbe y en ella cumple su *cursus honorum* y once de sus trece cargos,⁸³ pese a que a menudo le impiden seguir sus estudios con la dedicación deseada.⁸⁴

A.M. Guillemin señala muy bien que, en aquel ambiente helenizado, "la aparición de una obra que hiciera honor a las letras provocaba un entusiasmo patriótico" ("une joie patriotique").⁸⁵ Plinio en verdad parece estar al acecho de tales apariciones, expectativa que a veces le hará errar en su apreciación de méritos. En más de una carta manifiesta su júbilo —"o diem laetum!"—⁸⁶ —por la promesa de una gloria para sus tiempos —"temporibus nostris... ornamento"—⁸⁷ por asomar la patriótica esperanza, también perceptible en Quintiliano, de que una vez más puedan los romanos competir con los griegos. Identifica a los autores de obras literarias con la patria misma.⁸⁸ En su fervor por las letras aparece a veces como poseído por un éxtasis patriótico y religioso.⁸⁹ No es sólo vanidad personal lo que siente, sino orgullo nacional, cuando se le informa que es leído en remotos lugares,⁹⁰ o cuando dice que lo leen los griegos.⁹¹

A este nacionalismo romano a menudo acompañan connotaciones de animosidad contra todo lo extranjero —*barbari, peregrini, gentes*—, contra los griegos en particular. Ya hemos señalado que ello se da no tanto contra la Grecia, su arte y su historia, como contra el carácter del griego, tan distinto del romano, y contra sus vicios y defectos.

El diminutivo *Graeculi*, como adjetivo o sustantivo, es habitual por entonces ya para esclavos ya para libres, y suele tener su primigenia carga afectiva trastrocada en menosprecio. En su solemne Panegírico a Trajano opone un antiguo veterano condecorado con la corona mural y cívica, que se encargaba de los ejercicios físicos, al *Graeculus magister*,⁹² culpable del actual afeminamiento.

Al mismo Plinio, que como legado ha denunciado al emperador que los de Nicea antes de su llegada han comenzado la reconstrucción de un gimnasio más grande y lujoso que el quemado, Trajano le responde en tono condescendiente, pues "gimnasiis indulgent Graeculi" ("Estos pícaros griegos —el diminutivo es intraducible— son muy dados a los gimnasios").⁹³

Marcial no se considera mal poeta —"non sum, Classice, tam malus poeta"— porque no repite como eco *cositas griegas* —"nusquam Graecula quod recantat echo".⁹⁴

También Suetonio usa el odioso apelativo tres veces, ya como adjetivo referido a un "litigante", ya sustantivado.⁹⁵

Pero será Juvenal quien encabece el movimiento antihelénico, como Catón el Censor y Mario siglos antes. Es en la sátira III donde pontifica con mayor acritud contra los *Graeculi*, ya casi dueños de Roma.⁹⁶ Lo hace por boca de Umbricio, "viejo amigo",⁹⁷ quien se va de Roma, "ciudad griega", en que ya no puede vivir un romano pobre y decente. Cuando con vergüenza se apresura a dar los motivos de su mudanza de Roma a Cumas —"non possum ferre, Quirites, Graecam urbem"—⁹⁸ el amigo de Juvenal hace el clásico distinguo, visto ya en la comentada epístola de Plinio, entre los respetados griegos puros, los de Acaya, y los despreciables

orientales helenizados: "aunque ¿qué porción de esta hez son aqueos?"⁹⁹

En los once versos que siguen (62-72), de entre la gente que cita como nuevos pobladores del Esquilino y Viminal "para ser las entrañas y los señores de las grandes casas", primero está la avalancha de sirios, con su lengua, costumbres, flautistas, arpa, tímpanos y sus prostíbulos. Siguen luego un "rusticus ille tuus" ridículamente helenizado, y por último los griegos oriundos de la "alta Sicyone" (junto al golfo de Corinto), los de "Amydone" (en Macedonia), de "Andro" (islas Cícladas), de "Samo" (mar Egeo), de "Trallibus aut Alabandis" (Asia Menor), de todos los cuales sólo los primeros son aqueos, de la "vera et mera Graccia".

¿Sus cualidades? Ingenio rápido, audacia desenfrenada y palabra fácil, más abundante que la de Iseo, retórico asirio llegado a Roma en el 97, admirado por nuestro Plinio.¹⁰⁰

¿Oficios? "Gramático, rétor, geómetra, pintor, masajista, augur, acróbata, médico, mago. Todo lo sabe un griego hambriento. Al cielo irá, si se lo ordenas".¹⁰¹ Esta última expresión, seguramente refrán popular por su arcaica parataxis, le hace recordar a Juvenal el vuelo famoso de Dédalo, quien precisamente "no era moro, ni sármata, ni tracio, sino nacido en el centro de Atenas".¹⁰² Este vuelo del ingenioso inventor griego ha hecho recordar también a algún comentarista a un contemporáneo, el mago Simón,¹⁰³ el primer "simoníaco", que, aunque samaritano, era vecino de la helenizada Siria, por lo que puede engrosar el gremio de estos "graeculi".

Hasta el final de la sátira irá hilvanando el poeta defectos de estos griegos que hacen insoportable la vida en Roma y que no vamos a enumerar siquiera y que los mismos autores griegos, como Luciano por ejemplo,¹⁰⁴ reconocen.

Tanto las palabras de Juvenal como la actitud del amigo Umbricio frente a la inmigración helénica, se parecen en mucho a las de otro amigo dilecto, Marcial. Este también se va de Roma hastiado por los mismos motivos, de regreso a su BÍlbilis nativa; y en sus epigramas hay orientales helenizados de Capadocia¹⁰⁵ o de Siria,¹⁰⁶ y su origen y rústico aspecto celtíberos son exhibidos con orgullo en marcado contraste con el afeminado carácter helénico, a tal punto que le pide a uno de éstos, el corintio Charmenion, que no lo llame "hermano", para no tener que llamarlo a su vez "hermana".¹⁰⁷

Y, como su amigo Juvenal, a la par de los griegos afeminados ridiculiza a las romanas helenizadas: "Lelia, de pura sangre romana, sin conocer siquiera una ciudad griega, quiere amar a la griega; pero aunque conocieras a Grecia entera, jamás serás sin embargo, Lelia, una Lais", cortesana famosa citada por varios poetas.¹⁰⁸

Coexisten, pues, sentimientos prohelénicos y antihelénicos en una misma época, y ello en la más helenizada de los emperadores Antoninos. Pareciera que a una mayor expansión del helenismo correspondiera una reacción en contra; fenómeno que se da aun en tiempos contemporáneos, y se da en un mismo individuo, como en Floro, como en nuestro Plinio.

Como en Cicerón, el gran catalizador de lo griego y lo romano, como en Virgilio, que en la Eneida VI. 847 y sgs. cede a la supremacía casi total de los griegos, aunque en el calor del relato expresa sentimientos fuertemente adversos a los mismos, como en Horacio, que en un conocido texto: "Graecia capta ferum victorem cepit",¹⁰⁹ da la palma a los romanos en el campo militar y político, y a los griegos en el cultural, así en Plinio el Joven se da la misma paradoja.

Si en la epístola 8.24 llega a la cúspide su exaltación del helenismo, en la página anterior, en la epístola 20 del mismo libro, manifiesta en fuerte tono crítico que en el corazón del imperio o en las vecindades de Roma hay maravillas que, si se dieran en Acaya, o en Egipto o en Asia —en ese orden de atracción— haríamos largos viajes para visitarlas y verlas.¹¹⁰

El rico propietario y refinado cultor del arte helénico se vanagloria de no haber tenido nunca una estatuilla de bronce de Corinto.¹¹¹ El retórico, admirador de la oratoria ciceronia-

na, y de Iseo entre otros oradores griegos, comentando con un amigo un juicio en que tomó parte, suelta una opinión adversa contra su rival, el orador bitinio Fonteyo Magno, que luego extiende a los bitinios todos y "a la mayoría de los griegos" ("plerisque Graecorum"), en quienes critica la volubilidad que reemplaza a la abundancia ("pro copia volubilitas").¹¹²

Para resumir nuestro pensamiento, en la Roma Antonina y en Plinio en particular se da el más alto grado de admiración por la cultura helénica, pero no se excluye el sentimiento nacional romano ni una frecuente antipatía, más o menos disimulada, por las costumbres y los hombres helénicos, en especial los orientales helenizados.¹¹³ Como sintetizará A.M. Guillemin, los griegos son superiores en artes y ciencias, e inferiores en moral.¹¹⁴

Que tales valores estéticos y éticos, tan bien diferenciados en Plinio, se transtrocaran o contaminaran en manifiesto maridaje o en encubierto contubernio, causa de decadencia, es harina de otro costal, que ya había molido el viejo Catón con ruda prosa demoledora, cuando dijo "que los romanos arruinarían la república cuando por todas partes se introdujesen las letras griegas".¹¹⁵ Y es ya el pan de cada día en tiempos de Adriano, según su amigo el poeta Floro: "Costumbres transmarinas menosprezadas, contienen mil engaños. / A través del orbe nadie vive más correctamente que un ciudadano romano. / Como que yo preferiría un solo Catón antes que trescientos Sócrates:" / "todos proclaman estas verdades, todos actúan en sentido contrario".¹¹⁶

NOTAS

- 1 *Rome, la Grèce et les Monarchies Hellénistiques an III Siècle avant J. Ch. (273-205)*, Paris, 1921.
- 2 *Las Etapas del Imperialismo Romano*, Paidós, Buenos Aires, 1968, Introducción y cap. II.
- 3 Carcopino, op. cit. pág. 109.
- 4 Holleaux, op. cit. cap. VIII, pág. 306.
- 5 Carcopino, op. cit. pág. 119.
- 6 Carcopino, op. cit. pág. 119.
- 7 Floro, *Epítome* 1.7. Este autor, siguiendo a Polibio y T. Livio, estructura su Epítome sobre la idea de un imperio ecuménico. Compara su desarrollo con las edades del hombre, y su vejez puede sin embargo revitalizarse con emperadores como Trajano y Adriano. Funda su grandeza sobre dos cimientos: *Fata, Fortuna* por un lado y *virtus* por otro, coincidiendo también aquí con T. Livio (1.4 y 9).
- 8 *De Reditu Suo* 1.65: "Vrbem fecisti quod prius orbis erat".
- 9 Cf. P. Monceaux, *Les Africains*, Paris, 1894; Gastón Boissier, *L'Afrique Romaine*, Hachette, Paris, 1912; E.S. Bouchier, *Life and Letters in Roman Africa*, Blackwell, Oxford, 1913.
- 10 A. Gel., que lo cita 34 veces: 2.22.1; 14.1.1.
- 11 *Florida* 18.38 y sg.
- 12 A.M. Guillemin, *Le Public et la vie littéraire a Rome*, Les Belles Lettres, Paris, 1937, pág. 103: "...l'envahissement du domaine littéraire par l'hellénisme..." y pág. 113: "L'hellénisme envahit l'empire. Cette invasion avait eu un prélude fortement accentué dans la seconde moitié du premier siècle".
- 13 P. Monceaux, *Les Africains*, Paris 1894, citado por A.M. Guillemin en "*Le Public...*" pág. 115.
- 14 A.M. Guillemin, "*Le Public...*" pág. 26.
- 15 A. Gel. *Noct. Att.* 11.17.
- 16 Ael. Spart. *Hadr.* 19: "Athenis archon fuit".
- 17 Id. *Hadr.* 13: "Eleusinia sacra exemplo Herculis Philippique suscepit".
- 18 Eutropio 2.8.7.
- 19 A.M. Guillemin, "*Le Public...*" pág. 113.
- 20 Ael. Spart. *Hadr.* 19: "Multa in Athenienses contulit".
- 21 Id. *Ibid.* 1: "imbutusque inpensius Graecis studiis, ingenio eius sic ad ea declinante, ut a nonnullis Graeculus diceretur".
- 22 Id. *Ibid.* 25: "tales autem nec multo meliores fecit et Graecos".
- 23 Léon Homo, *Histoire Romaine*, Les Presses Universitaires, Paris, 1933 en (*Histoire Générale de G. Lotz*), vol. III, pág. 473.
- 24 Cf. Bardon, *Les empereurs et les lettres latines d' Auguste a Hadrien*, Paris, 1940.
- 25 A.M. Guillemin, *Pline et la vie littéraire de son temps*, Ed Les Belles Lettres, Paris, 1920, pág. 1.
- 26 Karl Büchner, *Historia de la Literatura Latina*, Ed. Labor, Barcelona, 1968, pág. 386.
- 27 Plin. *Ep.* 2.14.9.
- 28 Plin. *Ep.* 6.6.3.
- 29 Tác. *Diálogo de los Or.* 15.
- 30 Plin. *Ep.* 1.10.
- 31 Plin. *Ep.* 3.11.
- 32 Plin. *Ep.* 2.3.
- 33 Plin. *Ep.* 7.4: "Quatuordecim natus annos Graecam tragoediam scripsi. Qualem? inquis. Nescio: tragoedia vocatur".

- 34 Plin. *Ep.* 5.8: "Vndevicesimo aetatis anno dicere in foro coepi". En el "décimo noveno año de la edad" se tiene diez y ocho años cumplidos.
- 35 Plin. *Ep.* 7.4.
- 36 Plin. *Ep.* 7.9: "Vtile in primis, et multi praecipunt, vel ex graeco in latinum, vel ex latino vertere in graecum: quo genere exercitationis proprietas splendorque verborum, copia figurarum, vis explicandi, praeterea imitatione optimorum similia inveniendi facultas paratur: simul quae legentem fefellissent, transferentem fugere non possunt. Intelligentia ex hoc et iudicium acquiritur".
- 37 Plin. *Ep.* 7.4.
- 38 Plin. *Ep.* 3.1: "Scribit enim, et quidem in utraque lingua, lyrica doctissime".
- 39 Id. *Ibid.*: "Igitur eumdem mihi cursum, eumdem terminum statuo".
- 40 Plin. *Ep.* 4.3; 4.18; 4.27.
- 41 Plin. *Ep.* 4.3: "Hominemne Romanum tam graece loqui?".
- 42 Plin. *Ep.* 8.4.
- 43 Plin. *Ep.* 7.25.
- 44 *Noct. Attl* 11.8.
- 45 Cic. *De Or.* 2.4 y 153.
- 46 Val. Max. 2.2.2.
- 47 Plinio le dirige además, según Vicente Blanco García, en "*Plinio el Joven, Cartas*", libro II, Madrid 1941, pág. 66, nota 1, las siguientes epístolas: 2.14; 3.2; 6.11 y 34; 7.26; 8.19 y 24; 9.1 y 23. El nombre completo de Máximo es Sex. Quintilius Valerius Maximus, según León Homo, en su citada *Historie Romaine*, tome III, pág. 436.
- 48 Plin. *Ep.* 8.24.1: "Amor in te meus cogit, non ut praecipiam (neque enim praeceptore eges), admo-neam, ut, quae scis, teneas et observes, aut scias melius".
- 49 Plin. *Ep.* 8.24.2: "Cogita, te missum in provinciam Achaïam, illam veram et meram Graeciam, in qua primum humanitas, litterae, etiam fruges inventae esse creduntur; missum ad ordinandum statum liberarum civitatum, id est, ad homines maxime homines, ad liberos maxime liberos, qui ius a natura datum virtute, meritis, amicitia, foedere denique, et religione tenuerunt".
- 50 *Hechos de los Apóstoles*, 18. De este Galión pudo quizá Plinio extraer su tolerancia y amplitud de miras en relación tanto con los consejos de gobierno al amigo Máximo (*Ep.* 8.24) como con las consultas que realizará un par de años después ante Trajano como legado de Bitinia-Ponto (*Ep.* 10.96 y 97).
- 51 Nota a la *Ep.* 8.24. de su edición *Les Belles Lettres*, de Plinio el Joven: "Cependant, même dans cette lettre il laisse peser sous son admiration pour la Grèce un mepris persévérant pour les grecs".
- 52 Plin. *Ep.* 7.4.
- 53 Plin. *Ep.* 8.24.3: "Reverere conditores deos, nomina deorum: reverere gloriam veterem, et hanc ipsam senectutem, quae in homine venerabilis, in urbibus sacra est".
- 54 Id. *Ibid.*: "Sit apud te honor antiquitati, sit ingentibus factis, sit fabulis quoque. Nihil ex cuiusquam dignitate, nihil ex libertate, nihil etiam ex iactatione decerpseris".
- 55 *Verr.* 2.5.72; *Leg.* 2.14.36.
- 56 Ael. Spart. *Hadr.* 22.
- 57 Cf. Carcopino, *Contactos entre la Historia y la Literatura Romanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1965, Cap. III, en relación con la designación de Plinio, como también la de Tácito.
- 58 Sobre otros vicios atribuidos a los griegos: audacia, adulación, inescrupulosidad, lujuria, falsidad... cf. Plaut. *Mostell.* 1.1; *Curcul.* 301; Terenc. *Eun.* 247 y sgs.; Cic. *Pro Flacco* 4; T. Liv. *praef.* 12; 28.43; Val. Max. 4.7.4; Plin. *el V.* 33.148; 12.1.5; 15.4.5; 2.109.112; Marcial 12.82; Juven. 3.100-105; Tácito *Ann.* 5.10...
- 59 Plin. *Ep.* 8.24.4: "Habe ante oculos hanc esse terram quae nobis miserit iura, quae leges non victis, sed petentibus dederit; Athenas esse quas adeas, Lacedaemonem esse quam regas; quibus reliquam umbram et residuum libertatis nomen eripere durum, ferum, barbarum est". La generalizada variante: "quae leges non victa exceperit, sed petentibus dederit", no cambia sustancialmente el sentido, dado que, desde el "Graecia capta ferum victorem cepit" de Horacio, *victa* cabe perfectamente para Grecia, como *victis* para los romanos.
- 60 Floro, *Epit.* 1.32.
- 61 Id. *Ibid.*
- 62 *Historia de Roma*, Ed. Aguilar, II, pág. 90.
- 63 Plin. *Ep.* 8.24.5: "Recordare, quid quaeque civitas fuerit; non ut despicias, quod esse desierit".
- 64 Plin. *Ep.* 8.24.7-8: "Nam quid ordinatione civilium? quid libertate pretiosius? Ponto quam turpe, si ordinatio eversione, libertas servitute mutetur?".

- 65 *Hist.* 1.1; *Agric.* 2.
- 66 1.3 (9) 1.3; 1.4 (10) 1; 1.3 (9) 6.
- 67 *Sat.* 8.263.
- 68 *Pline et la vie littéraire de son temps*, Ed. Les Belles Lettres, Paris 1929. También lo señala en sus conclusiones Sesti Prete en *Saggi Pliniani*; Studi Publicati Dall' Instituto di Filologia Classica, Bologna, 1948.
- 69 *La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana*, F.C.E. México, 1952, pág. 72-74.
- 70 *Plin. Ep.* 5.8.
- 71 *Plin. Ep.* 8.24: "Quo magis nitendum est, ne in longinqua provincia, quam suburbana; ne inter servientes, quam liberos: ne sorte, quam iudicio missus; ne rudis et incognitus, quam exploratus probatusque, humanior, melior, peritior fuisse videaris: cum sit alioqui, ut saepe audisti, saepe legisti, multo deformius amittere, quam non adsequi laudem".
- 72 *Id. Ibid.*: "Haec velim credas (quod initio dixi), scripsisse me admonentem, non praecipientem; quamquam praecipientem quoque. Quippe non vereor in amore ne modum excesserim. Neque enim periculum est, ne sit nimium, quod esse maximum debet. Vale".
- 73 *Etimolog.* 6.8.7.
- 74 *La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana*, F.C.E. México, 1952, pág. 72-3: "En razón de tan morboso afán de gloria y publicidad (...) no puede Plinio pasar por representante medio de sus tiempos, aunque sí vale como el extremo de lo que sus tiempos podían tolerar".
- 75 *Histoire Romaine* ya citada, III, pág. 613.
- 76 *Ael. Spart. Hadr.* 16: "Amó la literatura arcaica (...) Antepuso Catón a Cicerón, Ennio a Virgilio, Celio a Salustio".
- 77 *Id. Ibid.*: "Ego nolo Caesar esse, / ambulare per Britannos, / latitare per Germanos, / Scythicas pati pruinas". La reconstrucción del tercer verso está basada en los versos con que responde Adriano.
- 78 *De Or.* 2.12.53.
- 79 *Plin. Ep.* 6.21.
- 80 *Ael. Spart. Hadr.* 14.
- 81 *Id. Ibid.* 22: "Sacra Romana diligentissime curavit, peregrina contempsit".
- 82 *Plin. Ep.* 2.5.
- 83 "Decemvir litibus iudicandis", "tribunus militum" en la "legio III Gallica", "sevir equitum Romanorum", cuestor, senador, tribuno del pueblo, pretor, "praefectus aerarii militaris", "praefectus aerarii Saturni", consul, augur, "curator alvei Tiberis et riparum et cloacarum urbis", y finalmente "legatus pro praetore consulari potestate".
- 84 *Plin. Ep.* 3.6.
- 85 *Pline et la vie littéraire de son temps*, Ed. Les Belles Lettres, Paris 1929, pág. 17.
- 86 *Plin. Ep.* 6.11.
- 87 *Plin. Ep.* 6.11 y 4.27.
- 88 *Plin. Ep.* 4.28 y 5.17.
- 89 *Plin. Ep.* 4.16.
- 90 *Plin. Ep.* 9.11.2.
- 91 *Plin. Ep.* 7.4.
- 92 *Plin. Paneg.* 13. El comentarista Iustus Lipsius afirma que el mismo Plutarco, "etsi Graecus", confiesa este afeminamiento: "fatetur Palestram affeminasse corpora et ad mollitiam deduxisse specie exercendi". (C. Plini Panegyricus liber Traiano dictus, Lugduni Batavorum, 1675, pág. 84, nota 1).
- 93 *Plin. Ep.* 10.49.
- 94 *Epigr.* 2.86.
- 95 *Div. Claud.* 15; *Tiber.* 11 y 56.
- 96 *Juv. Sat.* 3.58-125. En *Sat.* 6.184 y sgs. les toca el turno —y el agudo dardo del poeta— a las mujeres itálicas igualmente helenizadas: "quae de Tusca Graecula facta est".
- 97 *Juv. Sat.* 3.1.
- 98 *Juv. Sat.* 3.61.
- 99 *Juv. Sat.* 3.61: "Quamvis quota portio faecis Achaei?".
- 100 *Plin. Ep.* 2.3.
- 101 *Juv. Sat.* 3.76-78.
- 102 *Juv. Sat.* 3.79-80.
- 103 *Hechos de los Apóstoles*, 8.
- 104 *De Merced. Conduct.* 40.

- 105 *Epigr.* 6.77.4.
 106 *Epigr.* 9.3.11 y 9.22.9.
 107 *Epigr.* 10.65.14-15: "Quare desine me vocare fratrem, / ne te, Charmenion, vocem sororem".
 108 *Epigr.* 10.78.12: "Non tamen omnino, Laelia, Lais eris".
 109 *Hor. Epist.* 2.1.156.
 110 *Plin. Ep.* 8.20.
 111 *Plin. Ep.* 3.6: "Neque enim ullum adhuc Corinthium domi habeo".
 112 *Plin. Ep.* 5.20.
 113 Autores antiguos concuerdan en que es Asia la causa de la corrupción y decadencia romana: T. Liv. 39.6: "Luxuriae enim peregrinae origo ab exercitu asiatico invecta in urbem est"; Justin. 36.4: "Sic Asia, Romanorum facta, cum opibus suis vitia quoque Romam transmisit". Cf. *Plin. N.H.* 33.5.148; *Polib.* 32.11; *Dion Cass.* fr. 64.
 114 En la citada obra *Le Public et la Vie Littéraire a Rome*, pág. 113.
 115 Plutarco, *Cat.* 23.
 116 "Sperne mores transmarinos, mille habent officias. / Cive Romano per orbem nemo vivit rectius. / Quippe malim unum Catonem quam trecentos Socrates". / "Nemo non haec vera dicit: nemo non contra facit". Seguimos la reubicación del cuarto verso dada por Riese (Ed. Teubner de *Anthologia Latina*, poema 250) aprobada por Henrica Malcovati ("merito huc transposuit") en su edición de *Scriptores Graeci et Latini, L. Annaei Flori, Quae exstant*, Romae, 1938, pág. 230. Los códices lo traen al final del epigrama siguiente del mismo Floro. Lo trasmarino, como siglos antes el Transtíber, es sinónimo de extranjero, pero aquí con clara referencia a las costumbres greco-asiáticas, causa del lujo, corrupción y decadencia romanas.